

CULTURA, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Para abordar este tema que, sin duda, es materia de una sostenida y profunda reflexión en la actualidad, quisiera desligarme de los debates que se refieren a la vertiginosa complejización de la investigación científica o a los avances asombrosos de la tecnología y referirme más bien al nuevo sentido de las relaciones sociales que se ven profundamente afectadas por los embates de su aplicación en la vida cotidiana de cualquiera de nosotros.

Comenzaré por precisar muy brevemente lo que yo entiendo por cultura. Si bien existen innumerables y complejas definiciones de este concepto, he llegado a formular una muy simple, más bien de tipo instrumental, que me ha sido muy útil a la hora de enfrentarme a una reflexión con otros, parecida a la situación de hoy; y es la siguiente:

Sea en el ámbito personal o social, cultura es un modo de vida y una particular visión de mundo.

Cuando hablo de **modo de vida**, me refiero a la construcción de la **cotidianeidad**, a la secuencia de los pequeños actos que la componen y que en su transcurso se ven modificados constantemente por la interferencia de la acción de aquellos otros que, junto a nosotros, dan forma a la sociedad o a la comunidad más cercana y que van desarrollando paso a paso nuestra propia e irrepetible biografía. Muchos son los elementos que contribuyen a la particularidad de nuestro actuar, tanto en el ámbito personal como social, a través de estímulos de diferente intensidad y dirección.

Entre ellos, sin duda, uno de los más definitorios está constituido precisamente por la íntima relación de la ciencia y la tecnología con nuestro propio entorno cotidiano. No pasa un día sin que cualquiera de nosotros no haya tenido la experiencia directa del uso de algún artefacto que sea fruto del desarrollo científico y tecnológico. Más aún, nuestro propio ritmo de vida, se ve marcado indefectiblemente por la presencia cotidiana de complejas redes constituidas por la interacción de innumerables instrumentos con la organización de nuestro propio trabajo e incluso con el necesario goce del ocio.

Sería absolutamente inútil, además de pedante, pasar reseña a casos concretos de este fenómeno ya que todos nosotros coleccionamos día tras día una amplia variedad de ellos. Sin embargo, creo oportuno partir de esta primaria constatación para poder adentrarme en una intuitiva reflexión acerca de lo que implica para todos nosotros el estar sumergidos en un mundo del cual apenas un pequeño grupo de científicos o de expertos en las más variadas tecnologías puede darnos una proyección objetiva de su condición futura.

Es cierto que hace ya largos años el cine y la literatura de ciencia ficción, desde el emblemático “2001, odisea del espacio” de Stanley Kubrick, o las reflexiones de Arthur Clarke en muchos de sus escritos, nos han surtido de innumerables imaginarios que han estimulado nuestra curiosidad y han abierto nuestra mente a todo lo que la ciencia ha logrado descubrir en los últimos treinta años. Pero, es evidente que, hoy como nunca, se hace carne en nosotros el antiguo refrán “Del dicho al hecho hay mucho trecho”, ya que no podemos negar ni menos rehuir las implicancias psicológicas y sociales de vivir en una realidad científica y tecnológicamente globalizada.